



DOMINGO DE RAMOS

“Verdaderamente este hombre era hijo de Dios”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Bendición de los ramos: Marcos 11,1-10

Misa: Isaías 50,4-7; Filipenses 2,6-11; Marcos 14,1-15,47

La liturgia del Domingo de Ramos tiene dos partes bien definidas. La primera recuerda y celebra la entrada alegre y festiva de Jesús en Jerusalén, se bendicen los ramos con los que se participará en una breve procesión y, más tarde, se acompañará el canto “Bendito es el que viene en nombre del Señor”. La segunda parte, propiamente ya la Misa, tiene otro tono. Las lecturas están centradas en la memoria y el sentido de la pasión. Constituyen como el umbral que nos introduce de lleno en la Semana Santa.

El relato de Marcos de la entrada bulliciosa de Jesús en Jerusalén, acompañado de un grupo de gente entusiasta que lo aclama, no hace presentir lo que sucedería en los días siguientes. Nosotros, que lo leemos hoy, ya sabemos lo que ocurrió y no podemos dejar de sorprendernos y preguntarnos: ¿por qué ese cambio drástico en el sentir de la gente, entre el entusiasmo y la adhesión de hoy y los gritos destemplados –“¡crucifícale”, “crucifícale!”- de cinco días más tarde? Seguramente no fueron las mismas personas y sospechamos, como explicación, la manipulación ejercida por las autoridades religiosas. Pero, el contraste que percibimos en el relato nos permite hoy permanecer alertas y críticos ante las incoherencias que con frecuencia descubrimos en nosotros mismos, pasando de momentos de entusiasta fidelidad a actitudes y comportamientos que niegan y traicionan exigencias fundamentales del evangelio.

Tras el breve momento de las aclamaciones, los ramos y los cantos, la liturgia nos sumerge de lleno con las tres lecturas siguientes en el clima de la pasión. La primera, tomada del libro de Isaías, corresponde al llamado “tercer canto del Siervo”, imagen muy presente en las primeras comunidades, que encontraron en los textos del profeta una clave teológica para interpretar el camino de sufrimiento y pasión, que sufrió Jesús, como acontecimiento de salvación y liberación. La pasión de Jesús, de la que

hacemos memoria en la Semana Santa, es la del verdadero “discípulo”, que escucha, pendiente de la palabra de Dios, sin oponer resistencia a los maltratos y ofensas -golpes, insultos y salvazos- que recibe, confiado únicamente en la fidelidad de su Dios. Escuchando, luego, en el evangelio de Marcos el relato de la pasión, reconocemos en lo que acontece a Jesús las huellas de lo que habíamos leído en Isaías. Nos permite, además, ir más allá de lo descriptivo del relato, acercarnos al cómo debió vivir Jesús su pasión, como “discípulo” fiel y “siervo” sufriente que da su vida por la salvación de todos. La liturgia del Viernes Santo retomará y completará la referencia a la entrega y sufrimiento del “Siervo” (Isaías 52-53) para interpretar el sentido redentor de la muerte de Jesús.

La segunda lectura retoma, según la interpretación más aceptada, un antiguo himno litúrgico que Pablo recoge en su carta a los Filipenses. El himno ofrecía, para cantar en la oración de la asamblea, una apretada síntesis del misterio de Cristo: su identidad divina original, la verdad de su existencia humana humillada –“condición de esclavo”-, su entrega hasta la muerte y “una muerte de cruz”, su exaltación a la gloria del Padre, constituido “Cristo y Señor”. No es una simple sucesión de datos. Quiero fijarme en la expresión “por eso Dios lo exaltó”. La entrega, libre y radical, “obediente hasta la muerte y muerte de cruz” aparece como la razón -“por eso”- de su “exaltación” por Dios. Toda una síntesis de cristología y también de espiritualidad. Precisamente Pablo acude a este himno para exhortar a los cristianos de Filipos a que “tengan los mismos sentimientos que Cristo” (2,5): humildad, entrega y servicio, “sin buscar el propio interés, sino el de los demás”. Dicho en otras palabras, el seguimiento de Jesús constituye la esencia de toda espiritualidad cristiana. Y la recomendación de Pablo sigue siendo un criterio bien concreto, aplicable a todas las esferas de la vida, como la familiar y también a la del ejercicio de las responsabilidades sociales y políticas.

Como lectura del evangelio este año se propone el relato de la pasión según san Marcos, Texto que, al menos en su parte central, es decir a partir de la oración y prendimiento en Getsemaní, parece recoger un relato más antiguo de la pasión, que Marcos conoció y al que imprime su toque teológico particular. Llama la atención que todo el relato está enmarcado en la unción de mujeres: la de la mujer anónima de Betania, incomprendida y mal interpretada por los discípulos, pero reivindicada por Jesús; y la de las mujeres que iban al sepulcro, “pasado ya el sábado”, “a la salida del sol”, con la buena intención de “embalsamarle”, pero que fueron sorprendidas y asustadas por “el joven, vestido con una túnica blanca”, que les anuncia: “Buscan a Jesús de Nazaret, el crucificado; ha resucitado”. En realidad, las mismas mujeres que, según el testimonio de Marcos, “le seguían y servían (desde) cuando estaba en Galilea” y habían estado “mirando desde lejos” en el momento de la crucifixión.

El evangelio de Marcos, que se abría como “comienzo del evangelio de Jesús, Cristo, Hijo de Dios”, ha ido desarrollándose como un camino de Jesús hacia la cruz, en medio de la incomprensión de los discípulos y el rechazo de las autoridades religiosas, como se manifestó dramáticamente los últimos días en Jerusalén, y culmina con este relato de la condenación, burlas y crucifixión. Lo que pudo parecer un camino de negación de lo que decía aquella frase introductoria, se revela finalmente como su confirmación, con la confesión del centurión romano: “al ver que había expirado de esta manera, dijo: ‘Verdaderamente este hombre era hijo de Dios’”. Marcos en este relato

final, de manera sobria y respetuosa va dejándonos algunos apuntes de las últimas horas de Jesús, reveladoras de su identidad y de su misión.

No pretendo sustituir, sino más bien alentar una lectura atenta y creyente, meditativa y comprometida del relato. Sólo anoto, como sugerencia, algunos apuntes por si pueden ayudar en la reflexión y oración personal. Podemos acercarnos silenciosamente a Jesús, junto a los tres discípulos que él había llamado, para acompañarle en aquel momento de oración, en medio del “pavor y angustia”, y escuchar el testimonio tan humano de su fragilidad: “mi alma está triste hasta el punto de morir”, y su plegaria: “¡Abba, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mi esta copa; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú”. Oración muy personal y expresiva, nada ingenua, sí confiada, para presentar con sencillez su situación angustiada; oración filial y adulta, para reconocer al Padre como Dios, no para pretender doblegar su voluntad, sino finalmente para entregarse a la voluntad del Dios al que llama y es su “Abbá”. No es fácil orar bien a Dios desde la fragilidad y el miedo -pensemos en estos tiempos de incertidumbre e impotencia a causa de la pandemia- sin pretender convencerle de que lo que queremos y pedimos es lo que él ha de querer; no es fácil reconocer la presencia y el amor del Abbá cuando parece no quedar otro remedio que el de la resignación, la impotencia (o el rechazo) ante el contagio, la cama “uci” imposible y finalmente la muerte, lo que algunos hasta se atreven a llamar “la voluntad incomprensible de Dios”.

Un momento cumbre en el relato de Marcos es el grito: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?”. Si bien esas palabras están tomadas del salmo 22, que comienza así, pero termina en la confesión confiada del Dios que salva, corresponden en verdad a la experiencia del hombre que colgado en una ignominiosa cruz se siente desgarradoramente solo, condenado por las autoridades religiosas, negado por sus discípulos más cercanos que huyeron y ahora abandonado por el silencio de su “Abbá”. Su grito es auténtico, no composición literaria; mas no desesperado, sigue dirigiéndose al único en quien, desde el desamparo absoluto y la ignominia de una cruz, se puede confiar: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?”. Estas palabras, aisladas del conjunto del salmo y, sobre todo, de la hondura de la fe de quien las había pronunciado, sonaron duras y difíciles de asumir. Pero me parecen humanamente auténticas, expresión de una fe profunda y desnuda, particularmente aleccionadoras para quienes quieren creer y rezar en tiempos de oscuridad y en situaciones desoladas, como las que hoy vive la humanidad: la pandemia que no da tregua, el hambre y la muerte prematura de millones de niños, que es el rostro cruel de la inhumanidad de una economía que mata, el enriquecimiento y la corrupción con el negocio de las armas, las drogas y las medicinas, los maltratos, violencias y abuso sobre mujeres y niños... El grito de Jesús, dice Marcos, se dio en un momento en el que “hubo oscuridad sobre toda la tierra”. ¿Cómo rezar, qué rezar, a qué Dios rezar en este tiempo de profunda oscuridad y desolación? La oración de Jesús desde la cruz es a la vez la oración más cargada de esperanza, dirigida al “Dios mío”, el Abbá. El salmo concluye así: “Tú inspiras mi alabanza en plena asamblea, cumpliré mis votos ante sus fieles. Los pobres comerán, hartos quedarán, los que buscan a Yahvé lo alabarán. ¡Viva por siempre su corazón!”.

La lectura orante de la pasión no puede terminar sin atender la conclusión del centurión romano. Marcos lo sitúa: “Al ver que había expirado de esa manera”. Nosotros

hemos visto más: ¡que había vivido de esta manera! Podemos concluir, no sólo como el centurión: “verdaderamente este hombre era hijo de Dios”, sino confesar: “Este hombre, Jesús de Nazaret es verdaderamente el Hijo de Dios”, como lo proponía Marcos al comenzar el relato de su evangelio.

No quiero terminar sin recordar lo que leíamos hace dos domingos: la pasión y muerte de Jesús, así como su dimensión salvífica, sólo se entienden bien cuando se colocan en el marco del gran amor que Dios nos tiene: “Tanto amó Dios al mundo que nos entregó a su Hijo único” (Juan 3,16). Amor y entrega por nuestra salvación que no terminan en la muerte de Jesús, sino en su resurrección. Lo formula bien Pablo en la carta a los Romanos: “fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación” (4,25). No nos quedemos sumidos en la conmoción del Viernes Santo. “Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos”. Esa es la buena noticia y el fundamento de nuestra esperanza.